



TUTTLE, Frank



FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAGUER

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES:
Valencia, 234-Apartado 707-Barcelona



AGENTE DE VENTAS
Sdad. Cical. Española de Librería - Barbará, 14 y 16 - Barcelona

AÑO VII APARECE LOS JUEVES NÚM. 288

ESTAT AMOR

ESTA ES LA NOCHE

(IS THE NIGHT 1932)

Adaptación novelada de la película del mismo
título, interpretada por la bellísima artista

LILY DAMITA

Narración de HARRY BALTYSMORE

Producción
de la invicta
marca



Paseo de
Gracia, 91
Barcelona

REPARTO

Germaine	LILY DAMITA
Bany	CHARLIE RUGGLES
Gerardo	Roland Youngh

ARGUMENTO DE LA PELICULA

PRIMERA PARTE

Eran las diez de la noche y en la puerta del elegante teatro Follies de París se arremolinaba el público curiosamente. Era noche de estreno y toda aquella gente cuyos medios económicos no le permitían entrar en la suntuosa sala, se contentaban viendo el desfile de los que, más felices que ellos, podrían lucir sus "toilettes" en el interior del teatro.

De pronto la bocina de un auto magnífico hizo que el público le abriera paso y el conductor del vehículo se apresuró a dejar el volante para abrir la puerta a sus ocupantes.

Del interior del coche salió un hombre elegantemente vestido y detrás de él una mujer bellísima. El caballero le tendió galantemente la mano para ayudarla a bajar y el chofer cerró inmediatamente la portezuela del coche, pero con tal precipitación que el vestido de la dama quedó sujeto en la puerta

y al echar a andar se le desgarró la falda dejando sus magníficos muslos completamente al descubierto.

El incidente produjo, como es natural, la hilaridad de cuantos se hallaban a la puerta del teatro y el caballero, al advertir la situación en que se hallaba ella, le hizo entrar nuevamente al coche, para evitar las miradas de los curiosos y las carcajadas de los burlones.

Volvieron otra vez por el camino que habían venido y ella, al cabo de unos segundos se quedó mirando a su compañero, que arrinconado en el coche no sabía cómo dar principio a la conversación y le preguntó:

—Gerardo, ¿no vas a hacer nada?

El aludido admiró una vez más las contorneadas formas de aquella estupendísima mujer que llevaba a su lado y exclamó algo confuso:

—¿Aquí?... ¿Qué quieres que haga aquí dentro del coche?

—No, no—exclamó ella indignada—. Se trata de que despidas al chofer.

—Oh, no—respondió Gerardo—. No merece la pena. Tú eres la que debes despedir a tu marido... ¿Por qué no lo haces?

—Ya lo he hecho—respondió ella mirándolo mimosamente, hasta el punto que él no pudo menos que lanzar un suspiro de satisfacción—. Lo he hecho esta mañana.

—Entonces... ¿Estás libre? ¿Completamente libre?

—Completamente, no—respondió ella sonriendo—. Se ha marchado a los Angeles esta mañana y hasta que vuelva sí que lo estaré.

—Pero, ¿volverá? — preguntó decepcionado Gerardo—. ¿Por qué se ha ido entonces?

—Ya sabes — le explicó ella — que mi marido tira jabalinas.

—¿Jabalinas?... ¿Y qué es eso?

—Pues son esas lanzas tan peligrosas. Esa es una de sus manías. La otra es la de cantar sin ton, ni son... hasta en la cama, cuando menos falta hace...

—Sí, es comprendido—exclamó Gerardo.

—Y a ti, claro está, te molesta que cante, sobre todo en la cama...

—Naturalmente. ¿Cómo se va a poder dormir tranquila, teniendo un compañero de lecho que cante? Así no se puede dormir bien.

—Desde luego—respondió maliciosamente Gerardo—. Cantando no se puede hacer nada bien.

—Dejemos ahora eso—le dijo de pronto Clara, que era la mujer que le acompañaba, al mismo tiempo que reclinaba su cabecita sobre el hombro de él—. Esta noche, Esteban, mi marido, estará a bordo de un trasatlánti-



— ¿Otra sorpresa?

co mientras que yo tengo una sorpresa para ti, amor mío.

— ¿Otra sorpresa? — preguntó él extrañado—. Esta noche va a ser la noche de las sorpresas... ¿De qué se trata?

—Pues que estoy decidida a que hagamos un viaje los dos juntitos... ¿No te gusta?

—Claro que sí—respondió entusiasmado Gerardo—. ¿Dónde quieras que vayamos?

—A Venecia—replicó ella. Y al ver el ges-

to de contrariedad que ponía su compañero, siguió diciéndole con refinada coquetería—: ¿No parece que te guste mucho, y eso que hace un instante que me decías que las ocasiones no se nos presentan? Ya he sacado los billetes. Esta misma noche me los traerán. Con que decídete: ¿vamos o no a Venecia?

Gerardo no parecía muy decidido con aquella proposición del viaje, mas la coquetería y los mimos de ella terminó por convencerle y al llegar a la puerta de su casa le dijo:

—Bueno, vidita. Haré todo lo que túquieras. Iremos a Venecia.

Le dió su abrigo para que se cubriera las piernas y subieron los dos con el fin de que Clara se cambiase de traje.

No deje de adquirir todos los jueves

FILMS DE AMOR

la novela blanca preferida
por todas las señoritas.

SEGUNDA PARTE

Momentos antes de haber llegado la amrosa pareja, un alto empleado de la Compañía American Expres, íntimo amigo de Gerardo, había ido él mismo en persona a llevar los billetes solicitados por Clara a nombre de Gerardo. Cuando estaba buscando el departamento de Clara, apareció un hombre cantando y se acercó a él. Era un muchacho joven, fuerte y simpático, en quien se adivinaba una fuerza extraordinaria.

El empleado de la Compañía American Expres, al advertir que no lleva ni pluma ni lápiz para poder escribir el nombre de la persona a quien iban destinados los billetes, le dijo al recién llegado.

—¿Tendría usted por casualidad un lápiz?

—Aquí lo tiene—respondió el otro, entregándole uno, con el que el empleado escribió en el sobre donde iban encerrados los billetes el nombre de Clara. Se lo devolvió y el marido de Clara, que no era otro el que

llegaba, se lo volvió a guardar y entró decididamente a su departamento.

Apenas había dejado las jabalinas y todo el equipo de sport que llevaba sobre sí encima de un sofá, vió que por debajo de la puerta introducían un sobre y lo recogió alvirtiendo que iba dirigido a su mujer y que en su interior había dos billetes de ferrocarril. Abrió violentamente la puerta y al ver que todavía estaba allí el sujeto que le había pedido el lápiz, lo hizo entrar violentamente diciéndole:

—¡Esto es para mi mujer!

—No lo sabía—respondió atemorizado el otro, advirtiendo que se había tirado una plancha.

—¿Quién es usted?—preguntó otra vez Esteban.

—Soy un empleado de la Compañía American Express—respondió éste.

—¿Y qué quiere decir esto?—le interrogó nuevamente Esteban, enseñándole los billetes del tren.

—Pues ya lo sé usted—exclamó el empleado, sin saber qué decir—, son dos billetes del tren.

—¿Para mi mujer?... ¿Dos billetes del ferrocarril para mi mujer?

—Sí, señor. Se los traigo porque somos muy amigos. Pero si no está volveré mañana.

No quiero que usted se moleste. Deme los billetes y ya se los entregaré.

Esteban miraba celosamente aquellos trocitos de papel, hasta que finalmente exclamó irritado:

—¿Es decir que pensaba viajar durante mi ausencia?—Y dirigiéndose a Bany, que era el empleado, le dijo: —¿Quién ha pagado estos billetes?

—Todavía no están pagados, pero eso es lo de menos. Démelos y cuando los traiga mañana ya me los pagará ella.

—De ninguna forma, los pagaré yo mismo. Le haré a usted un cheque y en paz.

Recogió alguno de los avíos que había traído y entregándole el cesto de las jabalinas a Bany, le dijo:

—Sígame.

Mientras se dirigían a otra habitación, Esteban iba explicándole el motivo de su inesperado regreso y le decía:

—Mi mujer se sorprenderá mucho cuando me vea. Pensaba ir a América, pero luego me he arrepentido. Echaba tanto de menos a mi esposa, que decidí regresar.

Apenas habían entrado en la otra habitación, cuando volvió a abrirse la puerta del piso y apareció Clara acompañada de Gerardo. Antes de entrar ésta a su dormitorio arrojó el abrigo de él que llevaba puesto sobre el suelo y le dijo:

—Espérame un momento. Voy a ponerme otro traje y en seguida salgo.

No habían pasado cinco minutos cuando nuevamente volvieron a salir Esteban y Bany al recibidor y al ver sentado allí a un hombre y un abrigo por el suelo, el marido lo recogió y enseñándoselo a Gerardo le preguntó:

—¿Es de usted este abrigo?

Gerardo, comprendiendo que aquel hombre era el famoso tirador de jabalinas y marido de Clara, intentó evadirse lo mejor que pudo y respondió:

—No, no señor.

La voz de Esteban hizo que Clara saliese sorprendida, sin darse cuenta de que estaba medio desnuda, haciendo que el pobre Bany quedase tan sorprendido de la escultural figura que ante él se presentaba, que se sentó sobre una de las jabalinas que por poco no se la pincha en... bueno, en un sitio que luego hubiera tenido necesidad de almohadones para sentarse.

La cogió en una mano, mientras seguía mirando asombrado a Clara, al mismo tiempo que ésta corría a abrazar a su marido y le decía cariñosamente:

—¡Esteban, marido mío!... ¡Qué alegría más grande me das!

Esteban miró la indumentaria de su mujer y le preguntó severamente:

—Pero, ¿y el traje?... ¿Qué has hecho de tu traje?

—Oh, perdón — respondió ella dándose cuenta de su deshabilé—. El traje lo tiré, quedó inservible.

—¿Qué quedó inservible?... ¿Cómo ha sido eso?... ¿Qué te ha pasado?—preguntó su marido, mientras que Gerardo miraba por todas partes, buscando un hueco donde esconderse.

—Déjame que primero te presente a Gerardo Gray, mi antiguo amigo—le dijo su mujer.

—¿Gerardo Gray?...

—Sí, hombre—insistió su esposa—. Si te he hablado muchas de él. Es un amigo de la infancia... Pues ha sido él el que...

—¿Qué ha sido él quien te ha dejado el vestido inservible?—preguntó nerviosamente su marido.

—No, no—se apresuró a responder Clara.
—El no ha sido, sino el chófer.

—Ah, ¿pero ha sido el chófer?... ¿Ha sido el chófer el que...?

—Espera, hombre—le dijo su esposa—. En seguida te dejas llevar por los celos. Yo te contaré lo que ha pasado. Al bajar del coche el chófer cerró precipitadamente la puerta y me cogió el vestido arrancándomele de cuajo. Ha sido un accidente.

Gerardo suspiró algo más traquilo viendo que el conflicto iba en vías de solucionarse,

mientras qué Bany, que estaba a su lado se le acercó diciéndole:

—En buen lío te has metido.

Y antes que Gerardo pudiera pedirle una explicación, el marido le Clara se acercó a él y mirándolo fijamente le dijo:

—Supóngase usted, amigo mío, que yo le dejara a usted sin traje... ¿Qué sucedería?

Gerardo se echó a reír, miró el cuerpo casi desnudo de Clara y respondió:

—Desnudarme a mí?

—Sí. ¿Qué pasaría?

—Pues que se llevaría usted una desilusión. Esteban parecía complacerse en aquella situación que tenía a su esposa y a su amigo, hasta que finalmente sacó los billetes y entregándoselos a su mujer le dijo:

—Aquí tengo estos billetes para ti. ¿Por lo visto pensabas irte a Venecia? Es muy interesante todo esto. Y dirigiéndose a Bany le preguntó:

—¿Quién pidió estos billetes?

Gerardo se adelantó en un gesto de caballero y exclamó, dispuesto al sacrificio:

—Fuí yo.

—¿Usted? — preguntó Esteban, dispuesto a machacarle los sesos.

Bany quiso salir en auxilio de su amigo e interrumpió la conversación diciéndole:

—Claro que fué él, pero yo explicaré lo que ha pasado. No me cabe duda qué estos dos bi-



—Bueno, pues, hasta mañana.

lletes qué me encargó mi amigo los he traído equivocados y el de la señora lo he debido dejar en casa de mi amigo. Como iban encerrados en un sobre los debí haber cambiado. Estoy seguro de que ha pasado así. Gerardo me pidió dos billetes, porque según me dijo iba a salir de viaje con su esposa.

—¿Con su esposa? — preguntó sorprendido Esteban. — Pero ¿usted es casado?

—Naturalmente — respondió Gerardo.

Siento mucho que esto no parezca muy de su agrado, pero esa es la verdad, soy casado y tengo una mujercita deliciosa.

—¿Tú conoces a su mujer?—preguntó Esteban a la suya.

—Yo no—respondió ésta, viendo que en aquella mentira estaba la salvación de todos. —Pero he oído hablar mucho de ella. Espero conocerla en Venecia. A eso iba precisamente.

—Pues nada—terminó diciendo Esteban, para quien el juego no había pasado desapercibido—. Tremos a Venecia y yo también la conoceré. Ya ardo en deseos de tratar amistad con ella. Si quieren esta misma noche podemos salir todos juntos a dar un paseo.

Bany intervino nuevamente como ángel tutelar y exclamó?

—Si no está en París ahora. Llega esta noche o mañana. Gerardo—continuó diciéndole a su amigo, para terminar de una vez aquella escena—. ¿No sería mejor que te marchases a tu casa, por si acaso tienes algún telegrama?

—Sí, sí, es lo mejor—respondió Gerardo, que no deseaba otra cosa que salir de allí.

—Bueno, pues, hasta mañana—terminó diciendo Esteban—. Y no olvide que quiero hacer el viaje con usted y su esposa. Tremos como cuatro recién casados.

Gerardo sonrió con una sonrisa de conejo y salió de la casa con su amigo. Apenas estu-

vieron en la calle, se encaró con Bany y le dijo indignado:

—¡Ya me has casado!... ¡Tienes unas ideas geniales!

—¿Verdad que sí?... ¡Tengo unos pensamientos enormes!

—Pero a mí se me ocurre otro mejor—respondió su amigo mirándole rencorosamente.

—¡El de romperle la cabeza!... ¡Ya verás en qué lio me has metido!

Pero Bany, sin amedrantarse por la actitud de su amigo se enfureció con él y le dijo, reprochándole su proceder:

—Sí, ya sé que eres de los que le gustan las mujeres casadas. Para luego dejarlas sin trajes y que te sorprenda su marido. Eres incorregible, Gerardo. Te aconsejo que reprimas tus impulsos amorosos y sientes la cabeza. Te me estás volviendo un hombre muy peligroso y eso te acarreará serios disgustos. ¿A quién se le ocurre irse con una mujer como esa? ...

—¿Qué quieres decir?—preguntó Gerardo, dispuesto a salir en defensa de su dama.

—Pues que con una mujer como esa es peligroso salir. Está uno dispuesto a morir de un cólico... ¡Es mucha mujer!

Llegaron a casa de Gerardo y éste, desesperado, le dijo a su amigo:

—¿Y ahora qué hago yo?... ¡Cómo voy a

encontrar una mujer para mañana que quiera ser mi esposa?

—No te preocupes, yo te la buscaré—respondió Bany—. Yo me ocuparé de eso.

—No, no—exclamó su amigo—. Tú tienes muy mal gusto para elegir mujeres.

—Antes que te decidas la verás y si no te gusta la primera que te traiga, vendré con otra, y con otra, hasta que al fin encuentres una de tu agrado.

—Bueno — terminó diciendo Gerardo—. Hazlo mañana mismo y déjame descansar ahora.

Se despidieron los dos amigos, y mientras que Gerardo se quedaba a descansar, Bany se fué a uno de los teatros de revistas en busca de una mujer que aceptase ser por unos días la esposa de Gerardo... Claro que sin más consecuencias que la de esposa de nombre.

TERCERA PARTE

En uno de estos teatros se había acostado vestida y todo, sobre una cama del guardarrropía, una chica del conjunto... ¡Y había que ver el “conjunto” de la chica! Por debajo de sus falditas asomaban unas pantorriillas como para agarrarse a ellas y pedir socorro a los bomberos y sus grandes ojos negros jugueteaban deliciosamente sobre su rostro aniñado, como dos chiquillos traviesos que esperasen el beso cariñoso de alguien. El sueño reposado que tenía la hacía respirar normalmente y a su ritmo, dos preciosos bulditos que ocultaban su blusa adquirían un movimiento continuo que llegaban a producir vértigo. Pero la chica era tan ingenua que no sabía que poseía tantos tesoros en aquel conjunto de chicas de revista. Dormía tranquilamente cuando llegó un tramoyista y la despertó groseramente diciéndole:

—¿Qué hace usted aquí durmiendo?

—Es que tenía mucho sueño y me he quedado dormida.

—¿Trabaja usted aquí?

—Sí, señor—respondió tímidamente ella, levantándose y marchando hacia la escena, donde el director de la revista, aleccionado por Bany, intentaba convencer a una de las primeras tiples para que fuese la esposa temporal de Gerardo, diciéndole:

—Ese hombre le pagará dos mil francos por semana y todos los gastos.

—Chou-chou (que se llamaba la tiple en cuestión) respondió airadamente, ante la insistencia del director:

—¡Ya le he dicho que no! ¡No voy a Venecia por dos mil francos, ni por un millón!

—Bueno, piénselo bien—terminó diciéndole el director—. Ese hombre la espera fuera para saber su contestación.

Al quedar sola Chou-Chou, se le acercó la corista que hemos descrito y le dijo:

—Yo de usted iría. Por dos mil francos soy capaz de ir a Siberia, si es preciso.

—Pues hágase pasar por mí y acepte—respondió Chou-Chou—. Yo no la descubriré.

—Muchas gracias—exclamó encantada la pequeña corista—. Ahora mismo voy.

Salió corriendo en busca de Bany y a los pocos minutos quedaron convenidos en que al día siguiente tendría lugar la presentación de ella y su futuro esposo.

Al otro día, después de haber telefoneado Bany, para que los esperase, se presentó éste



—Sientese como si estuviera en su casa.

acompañado de Germaine, o mejor dicho, de la que se hacía pasar por Chou-Chou, en casa de Gerardo. Se encontró con el criado, que quedó sorprendido al ver allí a una mujer y Bany le dijo:

—Espino, el señor nos espera.

—Pues tengan la bondad de pasar.

Los introdujo en una sala y les advirtió, señalando una escalera portátil que había allí colocada y sobre la cual había un hombre:

—Están arreglando el baño. Tengan la bondad de sentarse.

—Siéntese, siéntese, como si estuviera ya en su casa—le dijo Bany a Germaine.

Y advirtiendo que el operario que arreglaba el baño daba unos golpes tremendos con el martillo, exclamó:

—Voy a decirle a ese bruto que no golpee así. Va a tirar la casa a martillazos.

Se acercó a la escalera y quedó sorprendido al ver que el que estaba encima de ella era precisamente Gerardo.

—¿Qué haces ahí?—preguntó en voz baja.

—No me gusta—le dijo Gerardo en el mismo tono de voz.

—¿Qué es lo que no te gusta?—le preguntó su amigo.

—Esa chica—le dijo su compañero—. Parece muy quietecita. No tiene atractivos.

—Ahora lo veremos—le dijo Bany, volviendo otra vez al lado de Germaine. Se sentó frente a ella y le dijo:

—¿Quiere usted estirar las piernas?

Y antes de que la joven pudiera impedirlo le dió un golpecito en las rodillas, que hizo que la joven levantara inmediatamente las piernas en alto, mostrando el tesoro de sus pantorrillas. Se oyó un ruido como de un hombre que caía y Bany corrió a auxiliar a su amigo, que a la visión de aquellas piernas no había podido contener su asombro.

—Segundos después aparecía Gerardo y Bany le presentó a la joven diciéndole a continuación:

—Supongo, por lo que has visto, que estarás satisfecho de tu adquisición.

—Sí, es verdad—respondió Gerardo—. Por lo que he visto estoy satisfecho, porque si vieras otras cosas te echaría de aquí. Claro que de todas formas te voy a echar para que nos dejemos solos.

—Bien, bien—respondió sonriendo Bany.

—Me voy, pero mucho cuidado con lo que haces.

Gerardo esperó a que se marchara su amigo para decirle a la joven:

—¿Ya le han dicho cuáles son los servicios que deseo?

—Sí—respondió ella riendo—. Usted quiere una esposa, urgente.

—Ciertamente. Yo deseo una esposa deslumbrante. Una mujer ardiente, afectuosa, muy afectuosa... Tan afectuosa que nadie pueda pensar que yo estoy enamorado de otra... Si acepta nos iremos a Venecia esta misma noche. Tendremos juntos los compartimentos.

—Desde luego, con la puerta cerrada—advirtió ella.

—Naturalmente que sí — exclamó él—. Mientras estemos solos, no hay que sentir afectuosidad, pero cuando haya alguien de-

lante tenemos que parecer dos tortolitos enamorados.

—Comprendido—respondió riendo ella.

—Tendrá usted que cambiarse de ropa.

Ella lo miró sorprendida y Gerardo siguió explicándole:

—Tendrá usted que cambiarse de ropa, porque ese traje que usted lleva no es elegante, no le da ninguna distinción. Piense que yo busco una mujer atractiva.

—Pues espere usted—le dijo ella fijándose en un biombo que había allí. Se colocó tras él y fué quitándose todas las prendas, las cuales iba arrojando a la sala, al mismo tiempo que arrancó una cortina del balcón y con ella ceñida al cuerpo, en forma de salto de cama, las formas de su cuerpo sobresalieron maravillosamente.

Salió de su escondite y mostrándose a Gerardo le preguntó:

—¿Y ahora qué le parezco? ... ¿Estoy deslumbrante?

Gerardo admirado sólo pudo contestar:

—¡Sí, sí, está usted deslumbrante y admirable! ¡Ahora estoy convencido!

A aquella noche, mientras que Clara y su esposo estaban en su departamento, Gerardo esperaba impaciente la llegada de Germaine, a quien ya había equipado debidamente.

Clara, aprovechando un descuido de su ma-

rido, se asomó a la ventanilla y le dijo a Gerardo, que estaba en el andén:

—Me parece que mi marido está seguro que eso de tu mujer es un mentira. Está demasiado cortés conmigo y la última vez que estuve así, estuve a punto de saltarme un ojo... ¿Dónde tienes tu mujer?

—Ha ido a recoger los trajes que le he comprado. Aunque ya tarda demasiado y me temo haber sido víctima de un timo.

Pero su inquietud desapareció pronto al ver llegar a Germaine, que le preguntó riendo.

—¿Creía que no vendría?

Vió a Bany allí y se dirigió a él haciéndole la misma pregunta, diciéndole a continuación:

—He llevado un día horrible de modistas, de zapateros, de sombrereros.

Gerardo la ayudó a subir al vagón y la presentó a sus amigos, produciendo en Esteban la presencia de la joven una viva y agradable impresión.

CUARTA PARTE

Durante los días que estuvieron en Venecia, la belleza de Germaine fué ejerciendo sobre Gerardo una influencia decisiva, sintiéndose cada vez más entusiasmado con aquella original esposa, al mismo tiempo que Clara, que empezaba a advertir el desvío de su amigo, sentía los celos que su conducta le producían.

Una mañana, el criado los llamó para indicarles que el almuerzo esperaba y Germaine, que como había dicho dormía en un cuarto separado del de su marido, corrió a esconderse al de éste, para que el criado no supiese nada, y le dijo al sirviente:

—Sírvanos el almuerzo en la terraza.

Momentos después estaban allí y al advertir ella que se acercaba Clara y su esposo, se abrazó a Gerardo besándolo mimosamente, al mismo tiempo que decía:

—He dormido admirablemente, maridito mío. Esta noche has sido muy bueno.

Clara miraba como se prodigaban caricias

y los celos que sintió fueron tan grandes que sin poderse contener se levantó y se fué de la terraza.

Gerardo adivinó lo que pasaba por ella y regañó a Germaine diciéndole:

—No debe extremar tanto la nota.

—Lo hago para que nadie dude de nuestro amor—respondió sonriendo ella—. Si le disgusta no lo haré más.

—No es eso, es que ya verá... uno también se siente casado y, en fin, que procure no ser tan expresiva.

A otro de los que también habían herido los ojos hechiceros de Germaine fué a Bany, quien no la dejaba a sol ni a sombra, con gran disgusto de Gerardo, que le dijo en cierto ocasión,

—Tú no te das cuenta de que esa mujer es ahora mi esposa.

—Bah—respondió él—. Yo sé que a ti no te importa.

—¿Por qué lo sabes?—preguntó su amigo extrañado.

—Porque si te interesara no la dejarías todo el día con Esteban.

—¿Qué está todo el día con Esteban?—preguntó celosamente Gerardo.

—Hoy, por lo menos, así ha sido.

—Te agradezco que me lo hayas dicho—replicó Gerardo—. No sabes la alegría que

me has proporcionado. Así podré terminar con ella sin que a Esteban le extrañe.

Y aquella misma noche se encaró con Germaine a quien le dijo, violentamente:

—Ya sé que él día de hoy lo ha pasado usted con Esteban... Nunca lo hubiera creído.

—¿No sé por qué le extraña?—le preguntó ella—. ¿Acaso no lo ha pasado usted con Clara? Yo lo he hecho para quitarle a usted el marido de en medio... ¿Así es como me lo agradece?

—No hablemos de ello—exclamó Gerardo. Yo no tengo que darle explicaciones de mis actos, pero como usted se hace pasar por mi esposa, tampoco estoy dispuesto que se aproveche de las circunstancias y me ponga en mal lugar.

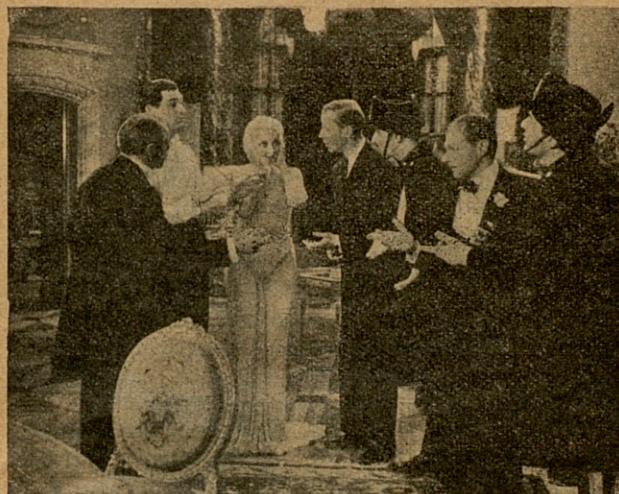
—¿Qué quiere decir con eso?

—Pues que hemos terminado—respondió Gerardo.

Germaine sintió un gran sentimiento al oír aquellas palabras, pero sin querer darle a entender el verdadero sentimiento que Gerardo había despertado en su corazón, corrió a encerrarse en su habitación, quedando sorprendida al ver que valiéndose de una escalera de mano, Bany había conseguido entrar.

—¿Qué hace usted aquí?—preguntó ofendida la muchacha.

—Vengo a invitarla para que demos un paseo en góndola—le dijo Bany.



...y a continuación los dos guardias que habían prendido a Bany.

—Váyase inmediatamente, o de lo contrario pediré auxilio.

Y quieras que no, Bany, a pesar de la borrachera de que iba acompañado, tuvo que valerse nuevamente de la escalera y salir de la habitación.

Mas, su estado de embriaguez era tal, que al montar sobre la escalera, ésta resbaló y cayó dentro del canal. Dos policías que estaban por allí de servicio al advertirlo, creyeron

que se trataba de un ladrón y se apresuraron a detenerlo.

Por fin, al cabo de unos minutos salió Germaine de su cuarto después de haber dejado allí todas las joyas y trajes que le había regalado Gerardo. Y al abrir la puerta de su cuarto se encontró con que Clara y el que hasta entonces se había hecho pasar por su marido discutían acaloradamente, diciéndole ella:

—Yo no puedo consentir esto, ni tú debes permitirlo. Todo el día ha estado mi marido con esa mujer. ¿Crees que yo me voy a quedar tan tranquila?

—Pero, ¿a ti qué te importa tu marido?

—Ya lo creo que me importa—respondió Ella—. ¿Crees acaso que lo nuestro significa el que yo no esté enamorada de él?

En aquel instante salió Germaine y Gerardo al verla le preguntó:

—¿Dónde va usted?

—Donde quiera—respondió ella secamente—. Yo no tengo nada que hacer aquí.

Antes de que él pudiera detenerla apareció el marido de Clara que venía buscando a su mujer y a continuación los dos guardias que habían prendido a Bany.

Gracias a la intervención de un intérprete pudo descifrarse todo el lío y Gerardo se dió cuenta de que Germaine era una pobre muchacha decente a quien él había ofendido despiadadamente.



Gerardo y Germaine se sentían felices.

Queriendo deshacer su error y verdaderamente enamorado de ella, corrió en su busca y preguntó al maître del hotel:

—¿Dónde ha ido mi esposa?

—Ha tomado una góndola para que la lleven a la estación.

Gerardo, sin esperar más subió a otra góndola y le dijo al conductor:

—Vuela por el canal, hasta que encontremos una góndola que va camino de la estación.

Por fin consiguió alcanzar a la góndola donde iba Germaine y Gerardo subió a ella. La joven le miró sorprendida y le dijo:

—¿Por qué me ha seguido?... ¿Acaso no puedo marcharme cuando quiera?

—La he seguido porque quería verla otra vez y saber si quiere ser mi esposa de verdad, o como hasta ahora... ¿Quiere?... ¿Quieres?... ¿Dímelo?

Y mientras que hasta ellos llegaban las dulces notas de una canción de otra góndola en la que una pareja cantaba su amor, Gerardo y Germaine se sentían mutuamente felices con aquel amor que había despertado en ellos aquellas románticas noches venecianas.

FIN

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

LA VENUS RUBIA

(la novela de las madres)

Gran crea-
ción de la
fascinante
mujer fatal,

MARLENE
DIETRICH

en su mejor
película de
esta tempo-
rada.



Pronto:

**RASPUTÍN
ESTUPEFACIENTES
SUEÑO DE AMOR**

Siempre lo mejor en «Ediciones Biblioteca Films»
Calidad y no cantidad
Lema de esta invicta publicación

PEDIDOS A:

Editorial "ALAS"-Apartado 707-Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

SIEMPRE Ediciones BIBLIOTECA FILMS

Publica

LAS MAS GRANDES CREACIONES
de

LOS MAS EMINENTES ARTISTAS
presentadas por

LAS MARCAS MAS FAMOSAS

LOS ÉXITOS DE LA TEMPORADA:

UNA CANCIÓN, UN BESO, UNA MUJER, G. Froelich.
UNA HORA CONTIGO (3.^a ed.), Chevalier, Mac Donald.
DOS CORAZONES Y UN LATIDO, L. Harvey, H. Garat.
RONNY, Kate de Nage, W. Fritsch.
ATLANTIDA (2.^a ed.), Brigitte Helm.
EL EXPRESO DE SHANGAI, M. Dietrich, C. Brook.
COCKTAIL DE CELOS, C. Bennet, B. Lyon.
UN CHICO ENCANTADOR, M. Lemonnier, H. Garat.
LA REINA DRAGA, Pola Negri.
VICTORIA Y SU HUSAR, I. Petrovich.
EL CONGRESO SE DIVIERTE, L. Harvey, H. Garat.
REMORDIMIENTO (2.^a ed.), Phillips Holmes, N. Carroll.
QUE PAGUE EL DIABLO!, R. Colman, L. Young.
EL IDOLO, John Barrymore, Marian Marsh.
BAJO FALSA BANDERA, Gustav Froelich.
MANCHURIA, Richard Dix.
EL HOMBRE Y EL MONSTRUO, Frederic March.
DAMAS DE PRESIDIO, Silvia Sidney.
ESPERAME (2.^a ed.), Carlos Gardel.
AMAME ESTA NOCHE, M. Chevalier, J. Mac Donald.
UN "AS" EN LAS NUBES, Billie Dove.
LA COMEDIA DE LA VIDA, Florelle.
UNA NOCHE CELESTIAL, John Boles.
POR LA LIBERTAD, Luis Trenker.
EL MARIDO DE MI NOVIA, Marie Clory.
PRESTIGIO, Adolphe Menjou.
ROCAMBOLE, Rolla Norman.
14 DE JULIO, Film René Clair.
REDIMIDA, Tallulah Bankhead.
EL MILAGRO DE LA FE, Silvia Sidney.
LA VENUS RUBIA, Marlene Dietrich.
RASPUTIN, Conrad Veidt.

||||| Precio del tomo UNA PESETA |||||

Editorial ALAS - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

Ediciones Biblioteca Films



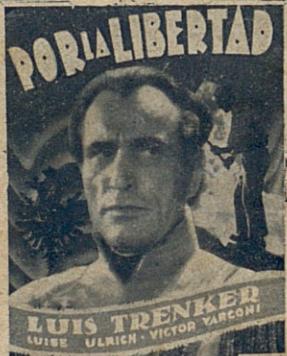
Lilian Harvey
Henry Garat

La más anti-
gua novela
cinema-
tográfica

PRECIO
1 peseta
:: tomo ::



SENTIMENTAL
INCONFUNDIBLE



LUIS TRENKER
LUISE ULRICH - VICTOR VARGONI

SUGESTIVA
INOLVIDABLE



HENRY GARAT

EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS
Remita el im-
porte en sellos
de correo más
cinco céni-
mos para el
certificado.
Franqueo gratis



REG
L. MOTTIN
HENRY
GARAT

PEDIDOS A EDITORIAL "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona